Publicación Mensual de Crítica Social

DICIEMBRE
1919
Año 1. — Núm. 3

CONSTANTINO

PRECIO 0.20 CTS.

VIA LIBRE
Publicación mensual de crítica social
Dirección y Administración: Azcuénaga 16 — Director: Santiago Locascio

Año I. | Buenos Aires, Diciembre de 1919 | Núm. 3

El Congreso Socialista de San Nicolás

"¡Ah! la sirena parlamentaria atrae traidoramente y desvía al hombre del sendero del bien. Primero se va por inquietud, por espíritu de proselitismo, por afán de crítica, después poquito a poco se va adaptándose al medio y se termina por la acción meliflua, enervante, miserable. Se creyó hasta poder hacerse la revolución desde arriba, decretar un buen día una nueva constituyente y declarar el estado socialista. No. El parlamentarismo corrompe y degenera..... ... ... La democracia socialista está en su apogeo en dulce contubernio con su enemigo secular el estado burgués, combatido empero por muchos de sus compañeros de ayer y por todos los pueblos libres, que ven al fin con claridad meridiana el engaño de la política parlamentaria y la farsa de un socialismo científico, combatido desde su nacimiento por los socialistas anarquistas, verdaderos continuadores de aquellos que fundaran la Internacional obrera y revolucionaria."

Santiago Locascio. "Maximalismo y anarquismo.", pág. 57.

Al sordo rumor de la prensa venal y mercachifle, que peca, de mañana y de noche, por su supina ignorancia y su refinada maldad, la que nos trajo inconscientemente los aplausos y los silbidos producidos en las sesiones del Congreso Socialista de San Nicolás, nuestro pensamiento vuela lejos, hacia los albores de la lucha. Quizás por reacción, quizás por la burda oratoria de politicastros fracasados, las ideas y los hechos, que nos entusiasmaron cuando jóvenes, nos hacen aparecer todas las figuras luminosas de los mártires que fecundaron con su propia sangre su propia fe.

Pasan los gigantes de la idea pura, mientras la historia, lenta y continua, los ilumina con su luz gloriosa y diáfana. Ellos pasan, tranquilos y silenciosos, con la roja llama que surca sus semblantes, con el lampo genial que fulgura en sus pupilas. Pasan, tranquilos y silenciosos, todos los héroes del pensamiento y de la acción.

Héroes.. ¡Salud! Hoy más que nunca merecéis ser recordados. Hoy que los fariseos han invadido el templo con inaudito cinismo.

La semilla santificada de vuestros sepulcros, germina aún en las mentes sanas de los discípulos incontaminados; germina en nosotros, los que ante la inquisición de los impíos, no abjuramos del principio de rebelión contra la iniquidad social.

No abjuramos nunca... nosotros seguimos la Vía de la Redención que imperativamente, con severidad paterna, nos trazasteis.

Aunque caigan sobre nosotros todas las furias de la inícua reacción, no os renegaremos nunca... y, hoy, mañana... nos encontraréis siempre de pie ante el camino que humedecisteis con el riego de vuestra noble sangre.

Hoy, mañana, siempre... Adelante... Adelante...

De la vida Interior

La fe es la adquisición del conocimiento de las leyes y fuerzas que *desmaterializan* la conciencia del hombre para llegar a la percepción del fluido simpático que se denomina espíritu. Y el espíritu es una página interminable, eterna, de incesante estudio, porque su finalidad es llegar al modelo de la perfección ideal.

Para el espíritu la fuerza generatriz es la *verdad*, la ley causa de las causas, porque la verdad es el amor que impulsa el *movimiento* operando en el todo para la elaboración *en común* dentro de la solidaridad universal.

De ahí, de esa fuerza y de esa ley, se derivan todas las demás fuerzas y leyes propulsoras de las *causas iniciales* a que obedecen los *efectos ulteriores* como ley y fuerza para toda acción.

Su objetivo es pues, ser: voluntad, pensamiento, sensibilidad, acción, o sea: realidad, amor, movimiento, eslabón de solidaridad, parte integrante de un todo.

Para llenar ese objetivo: es necesario tener fuerza, carácter, constancia, conciencia y abnegación, y, luego, lanzarse sin temores ni vacilaciones a lo inconmensurable, a la inmensa variedad de variedades, a lo ignoto, a lo sublime, a lo que entusiasma, conmueve y electriza, con serenidad de ánimo y sin perder la razón, porque allí es donde flaquea el *ego*, cuando se encuentra solo ante lo desconocido, ante el sacrificio del ser material, a donde no se puede ir sin poseer la ciencia del conocimiento de la vida interior.

MANUEL PATIÑO.

Lo que nos sugiere la organización del grupo "Claridad"

Los intelectuales de París han organizado un grupo de lucha y de avance. Sus ideas son revolucionarias y sus declaraciones son concretas y uniformes.

Están con las últimas aspiraciones del pueblo obrero internacional, están con la Revolución Rusa y con todas las revoluciones por venir, que tengan el carácter comunista o simplemente de imposición obrera.

Los intelectuales argentinos no podrían formar ninguna agrupación de esta índole, porque además de faltarles carácter propio, les falta conciencia de las propias ideas, por si pudieran tener algunas.

El obrero debe desconfiar de los titulados intelectuales (1). Ellos se asemejan mucho a los mercaderes, mayormente cuando persiguen el éxito en sus funciones periodísticas.

Son algo así como perros que lamen y muerden. Para adquirir popularidad se meten a acariciar al pueblo y se prestan a hacer de revolucionarios, sin dejar por ello de correr detrás del hueso, de redacción en redacción; y al ser alcanzado el hueso entonces muerden a los que intentan agarrarlos por la cola.

Los intelectuales, todos, han renegado de sus pecados juveniles, al decir de Turati, y nadie, salvo los maestros y los íntegros que han hecho de su profesión de fe un evangelio de su vida, ha perdurado, con caracteres de continuidad, entre los dedicados a la propaganda del verbo nuevo. Sólo cuando el verbo está de moda asoma el hocico algún galgo. Hay que desconfiar de los galgos, en cualquier momento pueden hundir los dientes en carne viva.

El caso de los periodistas de la carta súplica dirigida al director de "La Prensa", es una prueba fehaciente de lo que afirmamos: Poetas rebeldes como Leopoldo Herrera, y socialistas militantes como Ricardo Sáenz Hayes, se solidarizan con el negrero y repudian la obra colectiva del momento.

Leopoldo Lugones, temeroso de ser tachado de maximalista, desmiente la especie so pretexto que él no pertenece a ninguna secta o partido; que procede con una libertad personalísima, etc. Así tiene a todos contentos y no corre el riesgo de perder la posición que ocupa y algún alto comisariado en el futuro estado comunista. Y pensar que todavía hay ingénuos que creen en el revolucionarismo de Lugones, y en una futura obra demoledora que dijeron que dijo estaba escribiendo.

---

(1) Aquí excluímos a los maestros y a los estudiantes. Nos referimos solamente a los conocidos intelectuales de peso y de bulto, y a los demás...

Lugones llama sectarismo a una corriente de ideas ya hecho carne en el pueblo. Llama sectarismo a la Revolución y a los sistemas integrales de convivencia social, y no recuerda que su "libertad personalísima" se ha plasmado como consecuencia de revoluciones anteriores, empujadas por corrientes de ideas y por sistemas definidos. ¿O el "personalismo" de Lugones ha venido por generación espontánea?

Entre los titulados revolucionarios de hoy, también los hay, como los ha habido a granel ayer. Algunos han quedado por que aún no han triunfado todavía, a pesar de haberlo intentado. Esos hacen gestos y espavientos. Usan frases gruesas y visten de bohemios. Aparecen y desaparecen. Es labor catastrófica, inconsciente, y falta de sinceridad. No dañan, causan risa y un poquito de conmiseración. Confunden y deslumbran a unos cuantos imitadores, por lo demás no conviene ahuyentarlos del todo, porque sirven de reclame, pues de cuando en cuando algún compinche de la pluma los nombra y los aclama.

La generación intelectual argentina no aporta ningún acervo provechoso para las generaciones futuras.

Es una generación abúlica.

Sólo la juventud puede dar algo de sí en un mañana venturoso. Los obreros, solos, podrán ir más lejos que a donde desearan ir estos señores de pluma, huecos de ideas y enclenques por natural degeneración.

Los obreros se bastan a sí mismos. Ya surgirán los predestinados.

No hay, pues, que esperar que se forme ninguna agrupación "Claridad" en estos países de América, donde no se ha pensado otra cosa que criar ovejas y desollarlas.

Habrá guerras en el mundo hasta que no sea ahorcado el último rey, con la tripa del último fraile.

Voltaire.

CONSTANTINO

Constantino fué el más fuerte: se halló sostenido por una potencia que dió de repente al Imperio una renovación de cohesión y de unidad. Esta potencia fué la religión cristiana, más unida y más solidaria en sus manifestaciones que lo que eran, desde el Eufrates al Océano, los diversos cultos paganos, civilizados y bárbaros. Por otra parte, resulta claramente de la lectura de los autores de la época, que la lucha de la que salió la proclamación del cristianismo como religión de estado no tuvo ningun carácter religioso: los dos antagonistas, Constantino y Majencio, no tenían otro objetivo que la dominación política del mundo. Ninguna discusión teológica había tenido lugar entre los emperadores enemigos: uno y otro sólo habían consultado a la magia. Majencio, muy espantado del porvenir, había consultado a los adivinos y a los oráculos, conforme a los antiguos ritos; por su parte, Constantino, no menos ansioso, y sabiendo que su adversario se había asegurado el apoyo de las divinidades paganas, se veía compelido a dirigirse a los dioses nuevos. La magia de éstos fué la más eficaz.

Sin embargo, Constantino, de quién las leyendas católicas han hecho un ardiente campeón de la fe cristiana, no se mostraba muy seguro no sabiendo si tenía en su favor el elemento más fuerte. Como por un fenómeno de mecánica y bajo el imperio de leyes análogas, las dos formas religiosas, paganismo y cristianismo, en conflicto el uno con el otro, se encontraron durante cierto período en estado de equilibrio, y sutiles políticos, tales como Constantino, podían preguntarse con vacilación cual de los dos acabaría por triunfar. Entonces se dió el caso de que por temor al porvenir, se vino, de una parte y de otra, a pedir para todos los creyentes plena libertad de pensamiento y de fe. La idea de tolerancia germinó en algunos espíritus prudentes y hasta se oyeron palabras que son verdaderos pensamientos anarquistas pronunciados por emperadores: "Nadie debe molestar a otro, y cada uno debe hacer lo que quiera". Así se expresaba Constantino cuando había ya vencido a los paganos por el símbolo de la cruz pero con pleno conocimiento de la potente fuerza de inercia que quedaba a sus adversarios.

Eliseo Reclus

La verdad en cuestión Religiosa

Según un profundo escritor contemporáneo, si suponemos que de otro planeta viniera alguien a visitar el nuestro, le causaría admiración muchas cosas, pero singularmente uno de los rasgos más saliente de nuestra vida: el significado de tantos edificios, que llamamos iglesias, la muchedumbre que a ellos asiste y las doctrinas que allí se desenvuelven. Seguramente no le satisfaría la explicación que le diera algún sabio, como reminiscencias de pasadas edades y eterno contrincante y rémora de las ciencias y el progreso. Esta explicación sería incomprensible para el extranjero cuyo asombro crecería de punto si al penetrar en lo recóndito de la sociedad observaba que ésta se agitaba en una civilización cuyas costumbres, hábitos, leyes e instituciones estaban influidas en sus pormenores por esas religiones y minadas por ellas. Hallaría que tales religiones contaban con el apoyo de muchas gentes sinceras y de buena fe, que todavía tenían lugar grandes movimientos sociales en conexión con creencias antiguas y que vivían no ya independientes de las fuerzas intelectuales sino en constante conflicto con ellas. Y si trataba de descubrir lo que tenían de común todas las religiones, en medio de una rica literatura, en vano buscaría una definición satisfactoria de lo que es la religión. Se encontraría confuso entre dos tendencias: la que exige una señalada serie de características para admitir una como tal, y la de los que la hacen consistir en la total ausencia de aquellas, la de multitud de personas para la que es religión cualquier creencia, y así oiría hablar de la religión, de la filosofía, de la Humanidad, de la Razón, del Socialismo, etc.

Añade Kidd a este propósito que, si ese habitante de otro planeta quisiera apelar a las varias definiciones de la religión, hallaría que unas a otras se contradecían, y en comprobación de ello cita quince, las de Séneca, Kant, Ruskin, Matheu, Arnold, Comte, Alexander Bain, Edward Caird, Hegel, Huxley, Fronde, Mill, Gueppe, Carlyle, el autor de la religión natural, y al doctor Martinau.

Pero mirando con imparcialidad el fenómeno que tenía delante, hallaría al hombre siempre en lucha y conflicto con su razón. Las fuerzas contendientes se han expresado en términos como éstos: superstición y conocimientos, lo eclesiástico y lo civil, la iglesia y el Estado, dogmas y duda, fe y razón, lo sagrado y lo profano, lo espiritual y lo temporal, la religión y la ciencia, lo sobrenatural y el racionalismo. Encontraría que bajo el influjo de las religiones el hombre tenía un instinto singular caracterizado invariablemente por el deseo de hallar para su conducta una sanción *super*-natural, *ultra*-

racional; y que el hombre, dispuesto a seguir los impulsos de su razón en todos los demás órdenes de la vida, consideraba como su enemigo a quien le decía que también en esto debía hacerse guiar por ella.

No es posible explicar el origen de las religiones como exclusiva invención de interesados sacerdotes, porque la institución de éstos es ulterior al planteamiento de aquella, ni al proceso patológico derivado de una neurosis o de un histerismo. Presídelas un instinto tan gigantesco y general, tan hondo, tan persistente, que a los ojos del evolucionista ha de tener un sentido y se ha de relacionar con alguna ley fundamental, aún no descubierta, del desenvolvimiento social.

Desde los comienzos de nuestro siglo, singularmente desde que Comte publicó su "Filosofía positiva", muchos pensadores de Francia, Alemania e Inglaterra han sostenido que la religión del porvenir será aquella en que esté eliminado todo elemento *super*-racional. Pero uno de los resultados de la aplicación de los métodos y conclusiones de la biología a la sociedad humana, es que persiguen algo desconocido hasta ahora; no parece lógico pueda nunca existir esa religión perfectamente racional.

Ningún hombre ni pueblos sin religión, afirman unos, mientras otros creen que han existido y existen sin ella; hay misioneros que ven en cualquier cosa el sentimiento religioso, mientras que hay antropólogos para quienes fetiches y sacrificios no prueban nada en favor de su existencia. Observando la vida del hombre primitivo se encuentra que ninguno es libre, porque está sometido a una serie de costumbres que se le imponen como leyes y cuya observación está asegurada invariablemente por el temor a las consecuencias de parte de un agente sobrenatural. Dice Huxley: "Hay salvajes sin Dios, pero no sin espíritus invisibles", sean deidades, espectros, etc., con los que pueblan el aire, los bosques, las rocas.

En grados superiores de civilización hallamos iguales caracteres en las religiones que van siempre asociados a la conducta social y fundadas en la creencia sobrenatural, como lo prueban egipcios, chinos, asirios,griegos, romanos, mahometanos y budhistas, hasta lo que ocurre en nuestros días. Hoy hay formas de creencias que pretenden regular la conducta humana sin que la sanción ultrarracional tenga en ello parte; pero ninguna ha demostrado ser una religión, ni movido grandes masas de hombres a la manera de las religiones.

Numerosas y variadas son las religiones actuales desde el cristianismo con sus varias sectas hasta el fetichista. ¿Cuál de ellas es la verdadera? Para que una cosa sea cierta precisa que su existencia se reconozca unánimemente por todos los hombres; la verdad es una y universal, evidente aún a los más obtusos, y por tanto es gran error admitir que cualquiera de esas religiones sea la verdadera.

Ved fraccionado el cristianismo en tres sectas principales, aparte otras secundarias: la Católica - apostólica - romana, la Cismática griega, y la Protestante; es decir, que si una de ellas fuese la verdadera excluiría como falsas a las otras dos. Sólo en religión la verdad hace nacer el error. Pero como la primitiva (casi desconocida en fuerza de transformaciones, distingos y salvedades) es la Católica, instituída por Cristo, vémosla extraviada en brazos del error y crear la falsedad.

En el judaísmo, una de las más antiguas religiones, hallamos fraccionamiento igual; en la mahometana se repite el sectarismo y de él no se libran ni las laberínticas politeístas ni las idólatras.

Preguntad a uno por uno y todos os ofrecerán sendas razones en apoyo de sus creencias, veréis estrecho criterio y torpeza de miras.

Reclamará la primacía el católico y pintará mil encantos, pero su Dios absurdo, injusto, cruel, va reduciéndose cada día a menos. El griego y el protestante llamarán soberbia al abrogarse el arbitraje temporal de las conciencias, a declararse infalible e impecable, cualidades de un Dios. El mahometano renegará de los laberínticos católicos misterios, propios para perturbar la razón más firme y envuelto en su fanatismo os jurará que "no hay más Dios que Alah y Mahoma su profeta".

El judío de arraigadas creencias os asegurará que el Mesías prometido por la ley y los profetas está por venir y que Cristo no fué el hijo de Dios auténtico y sin trampa. El sacrificio de este hijo y de aquel Padre eran inútiles y estériles porque bastaba a Dios querer para enmendar al hombre si era malo, caso no previsto en su sabiduría infinita, y porque después de aquello el hombre no se ha corregido poco ni mucho.

Intentad hacerles comprender a Mongoles, Japoneses, Chinos, Manchús, Tibetinos, politeístas e idólatras, que no hay más que un Dios, el que vosotros afirmáis adorar; intentad que renieguen de sus ídolos groseros los habitantes de Polinesia, los Africanos, Asiáticos y los de Nueva Holanda, y si por el terror o el engaño convertís a alguno a vuestras creencias, podéis contar sólo con adeptos condicionales que recordarán en su conducta aquellas ideas que solo la muerte puede extinguir, porque están encarnadas en su naturaleza, en sus hábitos, en cuanto les rodea.

La paz con que brindéis al árabe la desprecia, porque su elemento es la guerra y su descanso pelear; morir matando es su ambición, por que sólo al guerrero se abren de par en par las puertas del Paraíso de Mahoma con hermosas huríes, encantadores jardines, delicias imponderables; los goces del alma los desdeña porque halla más encanto y más positivismo en los del cuerpo y no podéis hablarles más que de dichas celestiales, de una gloria incomprensible, de bobos, todos en estática admiración, sin hacer nada. El sociólogo con que al judío brindéis lo desestima porque nacido

sin hogar ni patria, sólo cree en la fatalidad de su destino que le arrastra incesante de pueblo en pueblo, sin esperar nunca el descanso hasta que se lo dé el verdadero Mesías; y sus creencias más firmes y poderosas que todos vuestros argumentos de base insegura, resistirán sin conmoverse aún ante la tortura o la hoguera. La verdad, ese fantasma trás el que corre el hombre desde hace tantos siglos sin lograr nunca más que divisarla a lo lejos, desvaneciéndose como las fantasmagorías de un sueño o como los fenómenos de espejismos que nos hacen admirar en el desierto, en abrasador día, hermoso oásis y fuentes cristalinas situados a inmensas distancias, que vemos como próximos; la verdad, digo, con que le brindéis al politeísta mostrándole esa sucesión de sueños que son la serie de las veces que se creyó alcanzarla y poseerla y que representan quizá un paso dado en el camino de la civilización y en bien de la humanidad, y la rechazará enérgicamente y se burlará de vosotros, diciéndoos, para mayor escarnio, que si conocéis la verdad es porque así plugo a los dioses, sus únicos poseedores, que para castigar vuestra soberbia os engañaron haciéndoos creer como verdad un absurdo. Y si, finalmente, tratáis de convencer a esos catecúmenos idólatras, sumidos en la más abyecta ignorancia y en el más absoluto salvajismo, de las bondades no ya de la religión, sino de los beneficios de la cultura y los progresos de las ciencias, se darán el inefable gozo de proporcionarse un suculento banquete con carne de misionero.

Es indudablemente el Cristianismo la religión más extendida. La profesan todos los habitantes de Europa, excepto Turquía; en Asia los Maronitas del Líbano, parte del pueblo Sirio, de la Turquía Asiática y de la India, y en Persia China aunque corto número; en Africa los habitantes de dominios propios de naciones cristianas y algunos coptos y abisinios, y en América y Oceanía.

Aún fuera mayor el número de los que la profesan, aún hubiera querido imponerse con torrentes de sangre humana inmolada a la intransigencia y al fanatismo, infamias, ruina, desolación, han sido las armas de persuasión, sus procedimientos la hoguera y el tormento.

¿Es posible sustentar un dominio sobre el fanatismo y la intolerancia? Los hechos responden negativamente. Pero el cristianismo no puede ser la religión verdadera porque carece del principio de universalidad.

Grande, complicado es el catálogo de las religiones existentes, como es inmenso el número de dioses que el hombre ha inventado a su capricho para deshacerlos cuando se cansó del juguete y halló más novedad en otro.

Mas si la naturaleza no nos ofrece jamás una identidad ¿ha de brindarnosla el hombre en sus confusas opiniones sobre una materia no menos complicada y obscura?

El Cristianismo con la humildad que predica, el árabe la gue-

rra que impone con la guerra, el judío, el budhista, brahaman, todos piensan respecto a su propia religión de modo distinto al de su correligionario. ¿Ha habido ni puede haber jamás una identidad de pareceres respecto a una misma religión, cuando es difícil hallarla en asuntos donde los sentidos ayudan a la razón, en objetos que a todos se ofrecen bajo igual forma sensible?

Admitir a Dios como principio científico es denotar ignorancia; ponerlo como explicación de todo hecho natural es acusar desconocimiento de las causas que le provocaron; sólo el admitir su existencia revela no saber que es obra del hombre, hipótesis inventada para explicar hechos que precisaba averiguar, pero que una vez conocidos queda destruída la hipótesis como innecesaria.

He aquí ahora para terminar un estado aproximado del número de individuos que profesan cada religión, calculando el total de habitantes del globo en mil quinientos millones.

Cristianos; distribuídos en la siguiente forma:

Católicos	250.000.000	
Protestantes	150.000.000	
Cismáticos griegos	80.000.000	
Otras sectas	20.000.000	
		500.000.000
Mahometanos		150.000.000
Brahamanes		120.000.000
Budhistas, mazdeístas y confucistas . . .		450.000.000
Otros cultos		280.000.000
		1.500.000.000

V. de Chaux.

Engaños históricos

Los libertadores de pueblos han hecho de prestidijitadores para arrastrarlos a la contienda; los pueblos han respondido alborozados cuando los prestigijitadores les mostraron las ficciones de su arte, pero de aquel engaño que aún hoy por los dados en llamarse quijotes consideran beneficioso, no resultaron más que trasposiciones que aprovecharon solo los más hábiles matufieros. Los pueblos siguen tales, y los hombres escaseando como hasta hoy.

Quizá con buena fe, engañaron a los pueblos paganos del Imperio Romano, los cristianos de entonces, cuando el Emperador Constantino declaró nulos los dioses del Olimpo y aceptó para religión del Estado la doctrina del crucificado.

Los sacerdotes, para que fuera menos brusca la evolución del pueblo pagano hacia el cristianismo, admitieron ceremonias del culto muerto y atribuyeron a sus mártires y santos de manera idéntica a los dioses olímpicos; el pueblo, pues, aceptó pronto la innovación que consistía solo en una alteración en los nombres.

Con esto, consiguieron el triunfo material. La nueva religión contó pronto millones de adeptos, pero perdió su original pureza y con esto su obra se redujo a cero, pues el pueblo continuaba tan pagano como antes por más que invocase a Jesús Cristo en cambio de Apolo.

Quizá con buena fe, y diré que hasta inconscientemente, engañaron al pueblo los republicanos del 89 en Francia, pues basta pasar la vista por la historia de la revolución, para darse cuenta de que solo fué un cambio de clase con los beneficios consiguientes que dejan siempre como barra todas las innovaciones por más fulleras que sean. El pueblo dejó de pedir justicia al Rey y la fué a exigir a la Constitución. La misma uniformidad de consideración para las escalas sociales es pura sonoridad hueca como todos sabemos, con especialidad en las tierras americanas que, micas como son, caricaturaron los gestos de Francia, dejando empero, distanciadas siempre la aristocracia y la chusma.

Alejandro Sux.

París, agosto de 1919.

¡ESPÍA!

—¿Cómo te ganas la vida, hombre?

—Con la vida de los hombres.

—¡Sin duda eres soldado, uno de esos desgraciados, abrumado por el odio de los pueblos porque visten la librea de los déspotas y traspasan con su acero el pecho de sus hermanos? ¡Pobre soldado, cuánto te compadezco!

—No soy soldado y gano mi vida con la de mis semejantes.

—¿Serás un bandido entonces...? ¿Eres quizás uno de esos famosos "sublevados", que pagando a la sociedad mal por mal, hallan a veces alguna ocasión de hacer bien? ¿Dónde están entonces tu cuadrilla, tus barcos, tu guarida? ¿En qué comarca resuena el terror de tu nombre? ¿Qué lemas ostentan tus banderas? ¿Cuál es el grito de muerte que esparcen en lontananza las trompas de tus heraldos? ¿O es que te ven los trémulos viajeros en las cuestas de los Andes o de Sierra Morena como una llamarada de azufre escapada de un volcán? Si es así, cuéntame las hazañas de los que capitaneas... O si eres atrevido corsario nacido en la espuma del mar y de la del cielo, dime si sólo responden tus cañones al fulgor de los rayos y a las imprecaciones de los náufragos, enséñame tu roja llama y los parajes en que deja tu nave sangrienta estela. ¡Bandido! date prisa a vivir; cabezas como la tuya no permanecen mucho tiempo sobre los hombros.

—No soy bandido y me gano la vida con la de mis semejantes.

—¿Serás un asesino? ¿Aprovecharás la noche para seguir a tu codiciada víctima, te ocultarás baja su cama, descerrajarás su puerta para quitarle la vida? ¿Sabes preparar sutiles venenos? ¿Conoces los remordimientos que dejan en el corazón del hombre la brisa de la selva y la plateada luna, único testigo de tus crímenes? "Asesino": si la sociedad te causa esta desesperación, es más culpable ella que tú.

—No soy asesino, y me gano la vida con la de mis semejantes.

—¿Eres ladrón? ¿Ladrón de oro o ladrón de pan? ¿Banquero, propietario o simple estafador? Ladrón, eres un cobarde si para robar a la sociedad te vales de su ayuda; si es el hambre el que te

echa en manos de la justicia, estás perdido irremisiblemente, ¡infeliz!

—No soy ladrón y me gano la vida con las de mis semejantes.

—¿Si serás un duelista? Uno de esos hombres que pasan la vida matando, uno de esas fieras en cuyo camino deberían ponerse lazos y trampas, un mercenario pagado para que destruya en nombre del honor y cuyo honor consiste en hacer brillar la punta de la espada. Espadachín eres demasiado vil para que ponga yo mi vida a discreción de tu habilidad.

—No soy duelista y me gano la vida con la de mis semejantes.

—¿Verdugo, entonces? Cráneo lleno de sangre y bestialidad, instrumento que destruye la obra del tiempo y de los mundos, flor apenas nacida de la eterna creación; ¿te has preguntado alguna vez quién lo habrá hecho, quién podría volverlo a hacer, quién tiene derecho a suprimirlo? No; te pagan las relajadas sociedades para que cortes el hilo que ha hilado su saña. ¡Oh! la más espantosa de las máquinas... cortas cabezas, verdugo, sin exponer nunca la tuya.

—Tampoco soy verdugo.

—Pues entonces ¿qué eres?

—Soy espía.

—¡Aparta, aparta de mí! Eres el que roba al hombre más que su sangre, más que su vida. Eres el que hiere en la sombra, sin peligro. Tú, que te sientas en todas partes, en el hogar de la familia, en las sacrosantas asambleas de la libertad. Tú, que te apoyas en el brazo del amigo a quien vas a delatar. ¡Cuánto daño causa ver al hombre tan rebajado! Degradada criatura, en las calles todos huyen de ti; sólo te nombran en voz baja, sólo te conocen por el número; la vista de tus semejantes te horroriza. Delatas al padre y a la madre, a los hermanos de tus hermanos, al que no has visto nunca, y a los imprudentes que te confiaron sus secretos. Vicias el aire, enturbias el agua, temes la luz del sol; la mujer que comparte tu lecho está inficionada. Del universo de los muertos se alzan contra tí tus antepasados; tus hijos reniegan de tu nombre. El pan que comes te abrasará la garganta, hasta que la burguesía te deje morir de hambre después de haberte llenado de ignominia. ¡Maldito seas!

L. Q. S.

LA VIEJA CONTIENDA

POR LA REVOLUCIÓN A LA LIBERTAD

El parlamentarismo es una ficción democrática. Un invento de la burguesía tiranizante para deslumbrar a los trabajadores con lejanas posibilidades de triunfos *legales,* manteniéndolos mientras tanto sujetos al potro de la esclavitud capitalista. Es, por lo demás, un juego conocido en demasía. Aplicado el parlamentarismo a la solución de los problemas sociales que plantea a diario el avance del proletariado las resultancias finales son siempre favorables a las clases detentadoras del poder y la riqueza. El liberalismo de éstas es eminentemente utilitario. Una de las tantas fórmulas comerciales que aconsejan dar uno para recoger diez. Tales los resultados del parlamentarismo obrerista. Aceptado el temperamento *legalista* en la lucha emancipadora la burguesía se apunta el primer triunfo. La explotación del hombre por el hombre queda de hecho convertida en práctica legal. Perfectamente legal desde que se la intenta mejorar con leyes y proyectos. Y este resultado es la negación misma de los ideales que animan a la clase trabajadora, cuyos esfuerzos tienden a la supresión total de la explotación capitalista. Por donde resulta que los socialistas parlamentaristas y los trabajadores organizados que desgastan sus energías en competir electoralmente con la burguesía, no logran sino hacer el juego al privilegio estabilizado y restar eficacia a la verdadera lucha obrera.

La lucha parlamentaria encaminada al triunfo proletario, es una censurable ilusión. Arranca de un voluntario desconocimiento de la verdad histórica. Jamás una tiranía, individual o de clase, política o económica, fué derrocada *legalmente.* El instrumento irreemplazable — de ayer a hoy — fué la acción *extra-legal.* el crimen político o la revolución popular.

El electoralismo es la gran teatralidad de que usa y abusa la *democracia* burguesa. Los comicios actuales son los eficaces sustitutos de los ensangrentados circos romanos. Estas comedias salvaron siempre los ocultos designios de los entronizados. Con pan y fiestas

se afirmaba el predominio feroz del patriciado. El cuarto obscuro y la imbecilidad del votante son los puntales de la estructura gubernamental-capitalista.

La vieja contienda entre socialistas-anárquicos y socialistas-parlamentaristas, termina en nuestros días con estruendo triunfo de los primeros. Así debía ser. La lucha contra la tiranía capitalista se desnaturaliza en su real finalidad cuando se pretende obtener el triunfo mediante una estrecha colaboración de clases. ¡Fundamental error! Donde el antagonismo de intereses y de ideologías desborda avasallante la colaboración, no pasa de ser inútil y cristiana aspiración.

El socialismo — tronco de todas las fracciones netamente antiburguesas — comienza a recobrar sus pristinos caracteres y valores. La desviación doctrinaria que iniciaron Marx y Engels en los heróicos tiempos de la primera Internacional, sufre hoy una formidable rectificación. Bakounine triunfa. Triunfa su pensamiento, su gran gesto perennemente revolucionario, en el estruendo de la revolución rusa, en la convicción que posee en este momento crítico a las grandes masas socialistas de que el triunfo está todo entero en la revolución.

El triunfo revolucionario es la apoteosis de la tesis antiparlamentaria que siempre sostuvimos los socialistas-anárquicos. A través de muchas décadas el concepto anárquico de la lucha contra el capitalismo sigue siendo más y más nítido. Fué concretado con parcas palabras en las tumultuosas sesiones de la Internacional. "Toda colaboración con el capitalismo conducirá al fracaso de la lucha para destruirlo. El parlamentarismo no es una arma de lucha proletaria; es un lazo que se tiende a nuestra actividad revolucionaria. La emancipación de los trabajadores se obtendría, rápida, completa, mediante la revolución social". Con estas palabras, más o menos, afirmaron los anarquistas su fe irreductible en la acción *extra-legal*, en la revolución social.

Ya en pleno periodo de revolución social *efectiva*, los hechos confirman la clarividencia anarquista. *Mientras la acción de los socialistas parlamentaristas se debate aún por la obtención de una legislación que reconozca a los obreros el derecho de huelga y la jornada de ocho horas*, las fracciones verdaderamente revolucionarias del socialismo han hecho la revolución social en Rusia, derrocando el régimen capitalista y entregando a los obreros la dirección

de los asuntos públicos. Anteriormente a este hecho magno los obreros habían conseguido por la acción directa la conquista de gran número de mejoras en las condiciones de trabajo, salario y horarios.

Por fortuna la obcecación *legalista* está cayendo en rápido descrédito. Dentro de los partidos socialistas políticamente organizados — los más fuertes baluartes del principio de la colaboración de clases — el éxodo hacia el revolucionarismo se inició ya. La masa socialista ya no comulga con el credo de la transformación social a base de legislación social. El extremismo azota fuertemente a las organizaciones socialistas.

Tales constataciones involucran un triunfo anarquista. Fracasado en la práctica el *legalismo*, las falanges socialistas dirigen sus miradas y sus esfuerzos hacia la revolución. Bien llegado el momento. En el terreno revolucionario nos encontrarán propicios los socialistas. Desde la Internacional hasta hoy no le abandonamos nunca. De triunfos le tenemos jalonado.

Aún hay *legalistas* recalcitrantes. Son los dirigentes del socialismo político. Se agitan, defendiendo al régimen burgués, en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, doquier la falange proletaria y los socialistas sinceros se aprestan a la acción revolucionaria. No vacilan en traicionar los anhelos de la masa partidaria. Son verdaderos traidores de la causa socialista.

Los fundadores del socialismo *legalista* aún pueden ser disculpados. El espejismo parlamentarista les sedujo. Cayeron en el error engañados por el señuelo de fáciles conquistas. Quizás aspectos ocasionales del momento social y económico mal estudiados indujeran a Marx y Eugels a incurrir en el terreno meramente político en las falsas interpretaciones económicas de que son autores. Pero lo que en los fundadores puede ser disculpable es inadmisible en los continuadores conspicuos de la obra. Los resultados del parlamentarismo socialista — en aquellos tiempos una incógnita — están de mucho a la vista. Son negativos hasta el cansancio.

Industrial y constitucionalmente el régimen capitalista volcó ya todo su contenido. Un parto mísero por cierto. Explotación, opresión, odiosos contrastes sociales. ¿No se han percatado de esto los sesudos dirigentes del socialismo *legalista*? Esos resultados no invitan, por cierto, a la colaboración. Hace falta un viento de tormenta para barrer los miasmas del mundo capitalista. Vientos de Cronstatd.

De la vieja contienda salimos victoriosos los anarquistas. Tuvimos y tenemos derecho de llamarnos los *verdaderos socialistas*. Los hechos nos confirman. Los que negaron el socialismo y la revolución retornan hoy a su seno.

Es un retorno auguroso. A la sombra de la roja bandera revolucionaria será posible el abrazo de los bravos trabajadores del mundo nuevo. La diferencia de táctica que, originariamente, separó a la familia socialista desaparece ante la adopción de la acción directa, de la revolución social, como agente transformador. Las diferencias doctrinarias tendrán en los hechos ulteriores de la revolución amistosas soluciones.

La prueba experimental culmina con aplastantes comprobaciones. La ilusión parlamentarista desaparece totalmente al contemplar el espectáculo que ofrece la insípida república *socialista-legalista*, de que Ebert es presidente, y Noske, brutal exponente de resabiado militarismo.

Contrastando con esta república de parlamentaristas, realza magnífica la Rusia de los Soviets, la Rusia derrocadora de tiranías zaristas y explotación burguesa. En la primera la colaboración de clases se eterniza. En la segunda, la revolución comenzó a sentar los sillares del mundo de los trabajadores.

La vieja contienda terminó con el reconocimiento de esta gran verdad anarquista. La emancipación de los trabajadores será obra de la revolución social.

E. García Thómas.

Noviembre 22 de 1919.

Todo aquel que se erige en Dios se convierte en bestia.

Nabucodonosor.

Una busca peligrosa...

(FILOSOFIA DE LA HISTORIA)

Ando buscando un hombre. No sé encontrarlo. Desespero: El siglo tiene la culpa, ¿por qué, ¡oh siglo! no siembras un hombre aunque sea en un pantano? ¡Siglo infame, que me quitas la fruición de acariciar la cabellera del hombre que busco. ¿Por qué eres así ingrato y malvado?

Destellos de luz lanzas al viento... hombres nunca... Las luces son fátuas... se deslizan vertiginosamente sin dejar huellas de sí. Los hombres se perpetúan en la historia, en el pensamiento, en el fluído abstracto del alma milenaria que marcha a tientas por selvas infinitas.

Un hombre busco para que se perpetúe en la historia de mi tiempo, para que penetre en el pensamiento de mi raza caída y amortajada. Un hombre busco para mezclarlo con mi fluído abstracto de mi alma milenaria y marchar seguro por caminos transitables.

El hombre no aparece ante mi vista. Entes son que andan estorbando mi busca por la sombra del mundo. Son los entes del siglo en que vegeto.

Y los poetas surgen. Surgen sin savia creadora. Y los apóstoles retoñan. Retoñan sin frutos jugosos. Y los pensadores, faltos de pensamiento humano, mienten. Mienten a las multitudes desconcertadas.

Los cantos no se elevan espontáneos del alma del poeta como deben elevarse las palabras armoniosas y sonoras del alma inmaculada del hombre que en vano busco. Los retos no son los del Cristo crucificado en el calvario de la Vida; son retos rebuscados en el sofisma de lo inconsciente; retos simulados por Entes que estorban mi busca por la sombra del Cosmos. Y el pensar se reduce a una vil imitación de un obscuro pasado; y el pensar es torpe para los pensadores, faltos de hombría y de pensamiento humano.

Mi vista se nubla ante el general enturbamiento. Mi mente se confunde ante la inconsciencia de los entes. Mi alma se entristece ante la invasión de minúsculos seres colocados a mi paso cual promontorio inaccesible; y mi hombría termina por afeminarse en fuerza de afeminamiento perpetuo.

El hormiguero humano anda sin rumbo fijo con el fardo a cuestas. Ha extraviado la ruta; se ha perdido en medio del camino.

El hormiguero humano está expuesto a quedar en la intemperie con el fardo a cuestas. El guía no aparece y toda busca resulta inútil. El hormiguero se ha extraviado por la abstrusa senda y ha echado en espasmódica confusión su fardo que tenía a cuestas, precipitándose, sin fardo ya, por petrificados laberintos. Y corre veloz, enfurecido, simiescamente aterrorizado, sin que una voz imperiosa detenga el torrente que se desborda. Falta un guía; el guía no aparece. Y el hormiguero sigue andando precipitadamente sin el fardo milenario...

El avispero ha hecho abandono de su panal y anda vagando sin rumbo fijo, y enfurecido asalta a los pasantes enfureciéndolos a su vez. ¿Quién domará al avispero? La rabia se extiende por doquier; la exaltación de los espíritus se produce, y tras de la exaltación el decaimiento remata el ser. Las fuerzas exaustas multiplican a los entes inconscientes, y el promontorio se hace más y más inaccesible.

La pereza cerebral me invade, y mi hombría se reduce a un simple punto imperceptible en el árido desierto de la vida.

A contener la invasión, el torrente humano se vuelca por los campos y por los montes. Caravanas inmensas corren por caminos intransitables; corren veloces salvando abismos, atravesando montes, acercando distancias. Los entes agrupados se disgregan y se confunden merced al juego de las caravanas en marcha. Todo es en vano: la invasión no se contiene, las caravanas no pueden atravesar mares y ríos para el acercamiento de otros entes invadidos también por la ciega furia del Avispero. Surgen, entonces, caravanas navegables Unense las tierras y se hablan los Entes de continentes distintos. Aún se requiere una acción más rápida, un acercamiento más repentino, un contacto más íntimo. Las caravanas de tierra son por demás lentas; las de mar y ríos son lentas también. Se busca en el fuego la fuerza de resistencia y de velocidad. Y el vapor surge poderoso a cortar con fulmíneo celo las distancias que separan a los Entes. Cruza el vapor por los campos y por las aguas con estridente sonido que hace estremecer a la ola humana que se debate con el avispero enfurecido. Nada: ningún esfuerzo contribuye a calmar la ola invadente.

El hormiguero humano sigue perdido en la soledad del camino, nadie le señala la senda fija. El avispero ahuyentado no refrena sus ímpetus. Las caravanas humanas coadyuvadas por la fuerza del vapor no pueden contener el avance por las selvas y por los mares. Se busca en el aire las fuerzas que créense necesarias y un nuevo contingente se aporta a las caravanas, con la chispa eléctrica arrancada al espacio infinito, y la velocidad aumenta; pero esa velocidad no contribuye a aquietar al avispero. ¡Es que falta la hombría en el Ente para imponer la calma! En vez de vertiginosa carrera se necesita la resistencia cerebral y la fuerza estóica, las que forman el

hombre, el hombre que en vano busco y que no encuentro, y aunque me quedara alguna fuerza,temería continuar la busca porque el peligro que se corre al querer detener la ola humana en su vertiginosa carrera es más temible que el de querer detener el avance del avispero.

Son tres los enemigos: El avispero enfurecido, el hormiguero sin rumbo y la ola extraviada. ¿El hombre qué haría? Estrellarse en la roca de la muerte aplastado por los enemigos del hombre.

Se hienden los aires entonces, y la ola humana invade los espacios siderales, y los aires esclavizan al hombre sin que pueda alcanzar a dominar al avispero. La caravana se trueca en máquina desafiadora del espacio inmenso; mas, antes de vencer al enemigo la máquina se estrella también contra la fatuidad del destino del hombre. Y el destino, necio cuco de los imbéciles, queda hecho añicos ante la potencia del enemigo implacable. La potencia aérea se impone al hombre, ¡y lo estrella en la tierra, y lo hunde en los mares!

Se ha impuesto un momento de tregua. La atracción es un recurso notable; a la atracción se recurre con el canto de la sirena. Surgen los poetas, los cancioneros, los trovadores. Aparecen los apóstoles. Llámanse Buda, Mahoma, Cristo. Y los pensadores piensan y del pensamiento nace la labor prolífica. La tregua va prolongándose: Los poetas cantan, armonizando con sus estrofas la ola convulsionada. Los apóstoles guían al hormiguero con gesto dulce y encantador. Los pensadores conducen dócilmente al avispero al punto de partida. Y el paraíso terrestre reaparece sobre la faz de la tierra; y el gran padre Sol entibia suavemente el ámbito; y la bonanza llega merced al gran concierto armónico que reina entre todos los humanos de la gran madre generosa: La Tierra. Es la edad de oro.

Toda felicidad no es duradera nunca. Los poetas en fuerza de cantar van perdiendo la suave melodía de sus gorgeos, y degeneran el canto. La seriedad de los apóstoles se vuelve una función usual, monótona, fastidiosa y ridícula. Los pensadores con el pensar hacen un indigno malabar, y terminan en no creer ellos mismos en lo que el pensamiento les dicta. Y la edad de oro se transforma en aplastante y misérrima batahola humana.

Y la batahola continúa: Se llama *Democracia.* ¡Oh, heteróclito concierto infame! ¿Cómo podrías soportar la mirada severa del hombre? ¿Qué pensamiento varonil puede anular tu poder disolvente y homicida? ¿Qué voluntad férrea puede arrestar tu avance desafiador y tiránico? ¡Ah!.. ¡Qué no surja jamás el hombre que he invocado! porque si tal hombre surgiera, sería impotente para refrenar la mole.

Y la sombra del hombre se aparece en medio de la soledad desesperante de mi existencia. Yo temo: Temo que la sombra no sea

sombra y el hombre sea hombre. Y le grito: ¡Infeliz! Vete. Nada tienes que hacer aquí. Vete al desierto y lucha con las fieras; si llegaras a vencerlas y a dominarlas con tu gesto, con tu mirada, con tu voz, con tu pensamiento, tú habrás triunfado. Eres el hombre que yo buscaba; tú solo puedes destruir la mole. Entra en las ciudades con tus fieras domadas, y ordena la matanza general como mesías descendido del arcano infinito. Sólo entonces dominarás en absoluto y tu descendencia será bendecida por la Suprema Razón, única e inmortal Divinidad.

Santiago Locascio.

Año 130 de la Democracia.

"Una isla comunista". — En el Atlántico Sud, muy al este de la isla Georgia, se encuentra la isla de Tristán de Acunha, descubierta en 1506 por el marino portugués de este nombre. El gobierno británico ocupó en 1816 esta isla, a fin de que no pudiese servir de base a alguna expedición para libertar a Napoleón, prisionero en Santa Elena. Al ser retirada la guarnición británica, algunos soldados permanecieron en la isla, y sus descendientes constituyen hoy una pequeña colonia, aproximadamente de cien almas. Cosechan trigo y patatas, y tienen ovejas y vacas que cuidan en común, como asimismo cerdos y aves de corral. Cuando a la distancia descubren un navío, salen botes cargados de víveres frescos, carne, patatas, huevos, etc., que cambien a las tripulaciones por té, azúcar, ropas y otros productos. Los almacenes de donde salen los artículos de cambio pertenecen a la comunidad, y lo que se obtiene por ellos es distribuído equitativamente entre todos los habitantes. La isla de Tristán de Acunha es un pequeño paraíso austral. No se conocen delitos, y estuvieron mucho tiempo sin obtener noticia de la carnicería europea. Ahora se han hecho arreglos para que todos los años toque un buque en la isla. Quizá esto sea perjudicial a los isleños. El contacto con el mundo exterior, excepto en cuanto los ha provisto de los artículos que no produce la isla, les ha sido de malos resultados. Hasta 1882 no se conocían allá las ratas. En esa fecha un buque noruego tuvo la mala idea de naufragar en la costa. Las ratas que traía a bordo ganaron la isla, y ahora constituyen la única plaga allí conocida.

El sofisma anti-idealista de Marx

"Para la producción social de sus medios de existencia, los hombres, dice Karl Marx, sostienen relaciones determinadas, necesarias e *independientes de su voluntad;* relaciones de producción que corresponden a un estado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de tales relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva una superstructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales de conciencias determinadas. El modo de producción de la vida material acondiciona *in globo* el proceso social político e intelectual de la vida. *No es la conciencia de los hombres lo que determina su manera de ser, antes bien su conciencia es determinada por su manera social de ser*" (1).

Es, como se ve, la exclusión de toda fuerza moral en la determinación de los sucesos humanos. Los sentimientos, las ideas, no tienen eficacia propia ni influencia real alguna en la vida: no son más que apariencias ilusorias de un determinismo materialista sobre el cual carecen de acción. Es el interés, el interés material, el interés económico, lo que mueve el mundo. Es el lema que ha tenido éxito bajo el nombre de concepción materialista de la historia.

El lema en que una grita ensordecedora nos aturde infatigablemente desde medio siglo de germanización socialista.

Es el que Engels, alter ego de Marx, resumía así: "Las causas determinantes de tal o cual metamórfosis o revolución social, *no deben ser buscadas en las cabezas de los hombres,* sino en la evolución de la producción y el cambio.

Hay que hacer notar que esta conclusión se apoya sobre una metáfora, y sobre la cual se razona como se tratara de la realidad misma. De hecho no existe *superstructura* social. No hay más que una expresión metafórica y metafísica. Basta observar los hechos reales para ver cómo se desvanece tal miraje. Las ideas, en el mundo real, lejos de aparecer como un *caput mortuum,* aparecen como elemento viviente, como una fuerza autónoma.

Ciertamente el hombre no es puro espíritu, y sus ideas con sus sentimientos expresan la influencia del medio material, del régimen económico. Pero por más pronunciada, por más notable que sea tal influencia, dista mucho de ser absoluta. "Tan sólo de pan no vive el hombre." Hay otras influencias fuera de las económicas. Hay otras necesidades fuera de las materiales. Y si el hombre es

(1) Karl Marx: Nur Kritk der Politzken ekonomie. Worwert, pág. V.

como se ha dicho: "hijo de la bestia", su naturaleza está muy lejos de la simplicidad bestial. Su naturaleza, compleja, tiene, al lado de sus necesidades materiales, necesidades afectivas, necesidades intelectuales. Las unas y las otras intervienen en las reacciones que produce el medio, y atestigua su existencia visible en la escala de la vida.

Es que el hombre no es "simple animal egoísta"; es naturalmente sociable; nace sociable como todo animal bisexual, y se torna así, en más y más *sociable*, es decir, susceptible de altruísmo y de egoísmo.

Es que está también dotado de razón, vale decir de la facultad de razonar.

Y de esta triple naturaleza del hombre, despréndese en la conducta de la actividad humana tres órdenes de móviles: móviles egoístas, móviles altruístas, móviles impersonales o idealistas.

¿Ideas puras? ¿Razón pura? No: Nosotros dejamos esto a los metafísicos. Pero sí, dinámica cerebral.

"Después de los sabios estudios de M. Fouillée y de M. Tarde, no es posible ignorar que las ideas son fuerzas, y las imágenes sugestiones cuasi hipnóticas" (Th. Regolin, "Solidarios", pág. 159).

Esta vida y esta actlvidad autónamas de las ideas, podemos, como lo dice Marx, constatarlas de inmediato en el dominio económico que Marx declara *independientes de la voluntad* de los hombres.

"Un fenómeno económico, dice muy acertadamente G. de Greef, no es un fenómeno puramente material." (2). Y precisa: "Los fenómenos económicos, que con la escuela de Marx considero como fenómenos fundamentales de la estructura y de la vida colectivas, *implican elementos ideológicos.*" Y agrega, precisando aún más: "Desde el momento que un fenómeno es *social* no es jamás puramente material."

Nada más exacto. Ello lo es, tanto que Espinas pudo decir en su admirable libro *"Las Sociedades animales"*, que una Sociedad es "un organismo de ideas" y que Elíseo Reclus, en *"Evolución y Revolución"* ha podido por su parte escribir con razón: "Es la savia lo que hace al árbol, son las ideas que hacen las sociedades. *Ningún hecho de la historia está mejor constatado.*"

¿A qué se reduce, pues, la afirmación de Karl Marx, negando, en las relaciones de producción, el papel de la voluntad? ¿No se ha confundido de nuevo fatalismo y determinismo? Fatalismo: es decir, concepción simplista de la causalidad. Determinismo: es decir, negación del absolutismo y de lo arbitrario en la naturaleza, concepción compleja, concepción sintética de la etiología de los fenómenos.

El simplismo económico, el simplismo materialista de Marx es tan falso, tan absurdo, como el simplismo de los idealistas puros.

---

(2) De Greef: "La Sociología Económica."

Negando la causalidad de la conciencia y de la voluntad, se desconoce esta verdad biológica elemental: que el hombre no es puramente pasivo, que está dotado de actividad, de movimiento propio, de iniciativa; se desconoce esta verdad psicológica: que toda acción consciente es un complejo de factores eficientes, personales y psíquicos; se desconoce, por último, esta verdad sociológica: que la vida social reposa sobre la psicología colectiva de la cual emana en cierto modo la flor del *tallo*.

Reconocer por lo contrario, en mérito al buen sentido, la parte, por mínima que sea, de la ideación y del pensamiento personal en la determinación de los arreglos humanos, es negar la fatalidad de los fenómenos econ6micos, es destruir en su base el sofisma antiidealista de Marx, es conceder a la voluntad razonada del hombre su dignidad y sus derechos.

¡Sea! se nos dice. El *materialismo* estricto, el materialismo puro es un error; pero sólo lo es el *economismo*. Cierto, las ideas tienen su independencia relativa y su papel autónomo en la producción de los fenómenos económicos, pero una vez producidos estos, los otros fenómenos sociales, los otros fenómenos colectivos, no san más que fenómenos independientes de la voluntad animal para entrar en el orden de la voluntad psíquica y de la dinámica cerebral.

Sí, el hombre es un animal sometido a sus necesidades materiales, demasiado lo sabemos, pero es también un ser pensante, un ser dotado de conciencia y de razón, susceptible de concebir y querer lo *justo* en todos los dominios, en toda la plenitud del término, de tener un ideal — una idea abstracta, una idea sintética — de equidad y de justicia, de nobleza y de superioridad.

Los que no se interesan de las ideas abstractas son retardatarios, minúsculos seres en quienes aun dormitan las virtudes humanas, no son más que larvas de humanidad, y ellos no son los que forman la historia humana.

Quienes hacen esta historia son los creadores del porvenir, son aquellos a quienes anima una idea, una idea abstracta, tanto más poderosa cuanto más sintética y justa.

La idea por cuanto digan los marxistas, conduce el mundo.

Las ideas pues si dependen de la presión económica no dimanan de ella.

Y sino: ¿por qué los hombres y los partidos no luchan tan solo por causas económicas mientras lo hacen también por causas sentimentales e intelectuales?

La independencia recíproca de la lucha política y de la económica es tan patente, tan real, que vése perpetuamente a hombres y a grupos de hombres sin recato alguno sufrir las consecuencias de una de las causas y repudiar la otra.

Ningún hombre sensato pretenderá que todos los "liberales", todos los partidarios de las libertades políticas, se hayan vuelto tales bajo el imperio de intereses materiales, nadie sostendrá que no

existan entre ellos — y en gran número — hombres cuya actitud sea dictada por el ideal mismo, por altas preocupaciones de ideas, filosóficas y morales, sin cuidado ni influencias de orden económico.

Las circunstancias económicas no bastan en manera alguna para explicar las filosofías, las morales y las religiones.

Y si las circunstancias económicas no bastan para explicar las filosofías, ni las religiones, ¿cómo explicarán ellas las concepciones jurídicas y morales?

Sería difícil, por ejemplo, concebir el derecho divino sin la religión, como sería difícil concebir una moral verdaderamente humana fuera de una concepción sintética que la justifique y la inspire

Y no solamente la economía deja de explicar las concepciones jurídicas y morales reinantes, sino son estas concepciones jurídicas y morales las que dan la clave del régimen económico y ordenan su funcionamiento.

La fuerza motriz de nuestros actos está en nosotros; está en la necesidad diversa de nuestra naturaleza.

El derecho de propiedad no nace del derecho en sí, nace de la fuerza autoritaria de los primitivos hombres. Esa fuerza obedecía a un instinto de superioridad: la fuerza moral sin la cual todo régimen económico no es más que un cuerpo sin alma, un cuerpo sin vida.

La verdadera causa, no primera pero *eficiente*, de toda esclavitud social está en *el espíritu que la justifica*, en la razón, la razón extraviada, ilusionada, que la apuntala, la sostiene y le da fuerza de vida.

"Primum vivere, deinde philosophari." Eso desde luego si filosofar significa hacer metafísica. Mas no, sí significa buscar lo justo; lo justo bajo sus múltiples aspectos, ¿no es la ley misma de la vida, la ley misma de la fuerza? ¿Y el sér animado no sufre, esta ley, y no tiene de ella el instinto?

Ese instinto es el gérmen de la fuerza moral, es el gérmen de la dignidad humana. El solo hecho de su existencia hace del animalismo materialisto una aberración y un contrasentido.

Paul Gille.

(Traducción de Alejandro Sux)

París, agosto de 1919.

Socialismo y Anarquía

Cuando se discuten cuestiones de orden moral y social, la dificultad más grande para entenderse depende del significado vario e incierto, que se atribuyen a las palabras.

Todo partido, y a menudo cada individuo, dan a las palabras generales un significado diverso, y, lo que es peor, el mismo individuo usa a veces la misma palabra en sentido diverso y aún opuesto.

Así, por ejemplo, *socialismo* y *anarquía* se usan a veces como términos antagónicos y a veces como sinónimos. Los hay que combaten el *individualismo* cuando significa el *cada uno para sí* de la sociedad burguesa, y después dícense *individualistas* para expresar su ideal de una sociedad en la cual no se oprime a nadie y en la que cada uno tenga medios de alcanzar el pleno desenvolvimiento de la propia individualidad. Hoy combaten la inmoralidad burguesa y mañana protestarán contra toda *moral*. Dicen que el *derecho* es la fuerza, y al poco rato se alaban de ser defensores del *derecho* de los débiles. Mófanse de toda idea de *sacrificio* y *abnegación* y después dícense — y muéstranse — prontos a sacrificar bienestar, libertad, vida, para el bien de la generación futura.

Y observaciones símiles, podrían hacerse del uso de las palabras *evolución* y *revolución, organización, administración, autoridad, gobierno, estado* y de tantas cuantas se refieran a los problemas morales y sociales.

Así acontece que muchas cosas verdaderas parecen irrazonables por defecto de expresión, y prodúcense muchas escisiones entre compañeros que en el fondo, están realmente de acuerdo, mientras que por el contrario, a menudo se cree estar de acuerdo, sólo porque se usa la misma terminología, entre personas de ideas y tendencias diametralmente opuestas. Así acontece también que se aceptan, bajo la fe de una palabra, ideas absurdas y antisociales, y que gentes egoístas, verdaderos malhechores, se mezclan con las que, buenas y generosas, dan muestra de inmoralidad por la ínfima vanagloria de parecer originales. Y no sólo esta falta de un lenguaje claro, común y constante hace difícil entenderse entre hombre y hombre; sino la confusión en la expresión ofusca, a cada uno la claridad de la idea y acaba por impedir que uno mismo se entienda. Ejemplo ¡demasiado doloroso, por cierto! tantos periódicos nuestros que parecen escritos por los habitantes de la legendaria torre de Babel, en los cuales generalmente cada escritor demuestra que no sabe lo que quiere decir y que apenas tiene una obscura y vaga visión de un vaporoso ideal que no sabe traducir en términos inteligibles.

Definamos, pues, las palabras de las cuales nos servimos.

No pretendo que el sentido que yo doy a las varias palabras sea el sentido *verdadero*. El significado de las palabras es siempre una cosa convencional y puede sólo establecerlo el uso común y constante por el mayor número. Pero generalmente sucede que cuando una palabra ha sido inventada para indicar una idea dada, todas las transformaciones y las desviaciones que ocurren después en su significado tienen entre sí una relación lógica que permite remontarse al significado originario, o recaban un significado general que responde al pensamiento más o menos consciente de todos. Este fondo común en los varios sentidos en que hoy se usan ciertas palabras, es el que yo me esfuerzo en determinar para hacer más clara la idea y más clara la discusión. Como quiera que sea, mis definiciones, sino para otra cosa, servirán para que se comprenda bien lo que yo entiendo y tal vez para dar un ejemplo de lenguaje preciso, que otros podrán elaborar mejor.

En el estudio de la sociedad humana y en las concepciones ideales que pueden hacerse de una nueva sociedad tienen que considerarse dos puntos:

I. Las relaciones morales, o jurídicas si así quieren llamarse, entre los hombres; es decir, el objeto que se atribuye a la convivencia social.

II. La forma en la cual se encarnan estas relaciones; es decir, el modo de organizarse para asegurar la observancia social de los derechos y deberes respectivos, el método con el cual se tiende a la realización del objeto propuesto a la sociedad.

Desde el primer punto de vista, se puede concebir la sociedad humana de tres maneras fundamentales: O como una masa de hombres que nacen y viven para servir a uno o a pocos individuos privilegiados por derecho de conquista, disfrazado con el pretendido derecho divinó; es éste el régimen *aristocrático* que, en esencia, ha desaparecido en los países más avanzados y que va poco a poco desapareciendo del resto del mundo. O como la convivencia de individuos originaria y teóricamente iguales, que luchan uno contra otro, cada uno para acaparar la mayor cantidad de riqueza y de poder posible, explotando el trabajo de los demás y sometiéndolos a su dominio; y éste es el *individualismo* que domina en el mundo burgués hoy, el cual produce todos los males sociales de que nos lamentamos. O como un lazo de solidaridad entre todos los hombres, cooperando cada uno con los demás para el mayor bien de todos, con un medio para asegurar a todos el máximo desarrollo, la máxima libertad, el máximo bienestar posible; y éste es el *socialismo*, que es el ideal por el cual luchan hoy todos los amigos sinceros e iluminados del género humano.

Desde el segundo punto de vista, existen aún tres modos principales de organización social, tres métodos, tres constituciones políticas. Primero, el dominio exclusivo de uno o unos pocos (*monarquía absoluta, cesarismo, dictadura*), los cuales imponen a los demás la

propia voluntad, ya en interés propio o de su casta, ya con intención, que puede ser sincera, de hacer el bien a todos. Segundo, la llamada soberanía popular; esto es, la ley hecha en nombre del pueblo por los que el pueblo ha elegido. Dicha ley representa, teóricamente, la voluntad de la mayoría; pero, en la práctica, es el resultado de una serie de transacciones y de ficciones, por los cuales resulta falseada toda genuína expresión de la voluntad popular. Y esto es la *democracia*, la *república*, el *parlamentarismo*. Tercero, la organización directa, libre, consciente de la vida social, hecha y cambiada cuando ocurra, por todos los interesados, cada uno en la esfera de sus intereses, sin delegaciones ficticias, sin lazos inútiles, sin imposiciones arbitrarias; y esta es la *anarquía*.

Lo varios conceptos sobre la esencia y el objeto de la sociedad humana repuntan diversamente, tanto en la historia como en los programas de los partidos, con las diferentes formas de organización. Así puede haber una sociedad aristocrática con un régimen monárquico, republicano y aún anarquista. La sociedad burguesa o individualista, existe igualmente en la monarquía que en la república y muchos de sus partidarios son hasta anarquistas, puesto que desean que no haya gobierno o que exista la menor cantidad posible. Así, respecto al *socialismo*, algunos quisieran realizarlo por medio de la dictadura, otros por el medio parlamentario y otros por medio de la anarquía.

Pero, a pesar de los errores de los hombres y de la acción y reacción, que los factores históricos pueden determinar y de hecho han determinado los más inverosímiles maridajes entre constituciones sociales y formas políticas de carácter disparatado, lo cierto es que los fines y los medios están ligados entre sí por relaciones íntimas, las cuales hacen que cada fin tenga un medio que le conviene más que los otros, como todo medio tiende a realizar el fin que le es natural, aún sin ir contra la voluntad de los que lo emplean.

La monarquía es la forma política que mejor se aviene a hacer respetar los privilegios de una casta cerrada; es por esto que toda aristocracia, cualquiera que sea la condición en que se haya formado, tiende a establecer un régimen monárquico, franco o encubierto; como toda monarquía tiende a crear y hacer estable y omnipotente a una clase aristocrática. El sistema parlamentario, esto es la república, ya que la monarquía constitucional en realidad no es más que una forma intermediaria, en la cual la acción del parlamento está todavía obstaculizada por la supervivencia, monárquica y aristocrática, es el sistema político que mejor responde a la sociedad burguesa; y toda república tiende a la constitución de una clase burguesa, como por otra parte, la burguesía en el fondo de su ánimo, si no en la apariencia, es siempre republicana.

Pero, ¿cuál es la forma política que más se adapta a la realización del principio de solidaridad en las relaciones humanas? ¿Cuál es el método que más seguramente puede conducirnos al triunfo completo del socialismo?

Ciertamente que a esta pregunta no puede dársele una respuesta absolutamente segura, puesto que, tratándose de cosas no realizadas aún, a las deducciones lógicas les falta la comprobación de la experiencia. Es por tanto, necesario contentarse con las soluciones que parecen tener en su favor la mayor suma de probabilidades. Pero queda cierta duda, que resta siempre en el espíritu cuando se trata de previsiones históricas, y que, por otra parte, viene a ser como una puerta que se deja abierta en el cerebro para que entren nuevas verdades por lo que debe disponerse de gran tolerancia y de la más cordial simpatía hacia todos los que buscan por otras vías alcanzar el mismo fin, sin que deba esto paralizar nuestra acción ni impedir que escojamos nuestra vía para caminar resueltamente por ella.

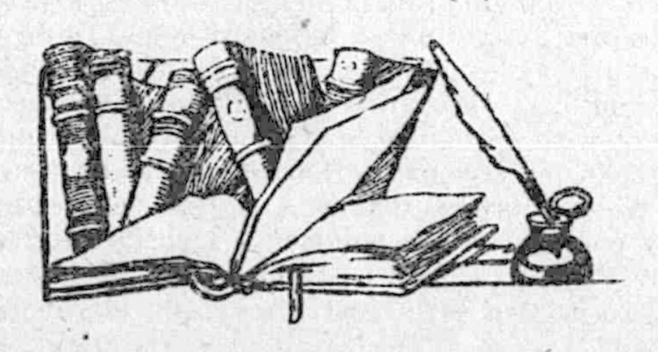
El carácter esencial del socialismo es el de aplicarse igualmente a todos los miembros de la sociedad, a los seres humanos todos. Por eso ninguno debe poder explotar el trabajo de otros, mediante la acaparación de los medios de producir, y ninguno debe poder imponer a los demás la propia voluntad, mediante la fuerza brutal, o, lo que es lo mismo, mediante el acaparamiento del poder político: la explotación económica y la dominación política son dos aspectos de un mismo hecho, la sujeción del hombre por el hombre, resolviéndose siempre la una con la otra.

Por tanto, para alcanzar y consolidar el socialismo, necesítase un medio que al mismo tiempo que no pueda ser un manantial de explotación y dominación, conduzca a una organización tal que se adapte lo más posible a los intereses y a las preferencias varias y mudables de los diversos individuos y grupos humanos.

Para nosotros, pues, *socialismo* y *anarquía*, no son términos antagónicos, ni equivalentes; sino términos estrechamente ligados uno con otro, como lo es el fin a su medio necesario, como lo es la substancia a la forma en que se encarna.

E. Malatesta.

(Traducido por Luis Cortés)



BIBLIOGRAFIA

"Descorriendo el Velo", de *Américo Latino*. — "Biblioteca Comunista", Buenos Aires, 1919.

Es un folleto de treinta y dos páginas, nutridas de ideas y como "refutación a las antojadizas afirmaciones de la Liga Patriótica Argentina y a los organizadores de la gran colecta nacionl." Es más que eso, es de construcción revolucionaria, convincente e irrefutable.

Nada tiene que ver el patriotismo de los argentinos con las aspiraciones modernas del pueblo. No se trata de una invasión extranjera sino de un cambio radical en las instituciones humanas. No es una sedición de caudillos, es simplemente imperiosa necesidad popular. Revolución no es sólo movimiento armado y violencia colectiva sino también coronamiento de evolución. Comunismo no es disolución social ni desmembramiento de hogares sino armonía y solidaridad humanas.

Para más satisfacción del lector, reproducimos un hermoso capítulo del folleto y que el autor titula "El momento", con ello demostramos lo qué vale y pesa la importante obrita de Américo Latino:

"El momento." — Vivimos instantes supremos, de una trascendencia tal, como no los ha pasado la humanidad en el transcurso de siglos.

Estamos en presencia del choque de dos corrientes de ideas inconciliables entre sí; de dos civilizaciones antagónicas; de dos sistemas de vida social que no tienen punto de contacto y para los cuales no puede haber transacciones ni componendas de ningún género; es la batalla, quizás definitiva, entre el viejo régimen individualista y el comunismo. Es, en fin, la terminación de un ciclo histórico y la apertura de otro que nos ha de conducir hacia mejores destinos.

Sin embargo, no todos los hombres aprecian las cosas con el mismo criterio, y de ahí que la desorientación y la duda hagan presa de los espíritus que no se han posesionado aún de la evolución histórica que se está operando y se produzcan los fracasos y los cataclismos que observamos en distintas partes del mundo.

Con el propósito de evitar, si nos fuere posible, que en nuestro país se produzcan las escenas de horror que se repiten en diversas partes de la vieja Europa, debido a la desorientación de las muchedumbres y con la cual no solamente se retarda el momento de las soluciones definitivas, sino también que se desacreditan las nuevas ideas de verdad y de justicia, es que nos decidimos a pu-

blicar este modesto trabajo, dedicado especialmente a las clases media y proletaria argentinas.

Queremos llevar al convecimiento de los individuos de estas dos clases sociales, que son las desheredadas; que son las que nada poseen; que son las que con sus encorbadas espaldas sostienen toda la armazón de esta organización artificiosa para que una minoría egoista y perversa disfrute de todos los beneficios de las inmensas riquezas que nos ha legado a "todos" nuestra madre común la naturaleza, que sólo es posible llegar a soluciones satisfactorias y definitivas si ellas, las clases desheredadas, se orientan decididamente hacia el comunismo. A las clases obreras queremos indicarles que es necesario que abandonen sus viejos procedimientos de huelgas con el propósito de obtener ventajas parciales inapreciables cuando no contraproducentes, gastando caudales de energías y sacrificando los mejores elementos de la organización obrera, para ser siempre burladas con promesas que jamás se cumplirán.

Tanto la clase obrera como la media, tienen la solución del problema social en sus manos, dado que constituyen el 90 o|o de la población. Lo que les falta para llevar a cabo la evolución, es la unidad de miras, o sea la orientación hacia un régimen determinado.

Esta dificultad es la que debe salvarse tomando todos los elementos desheredados el comunismo como norte. Es necesario convencernos de una vez por todas que las clases capitalistas jamás se van a desprender de los privilegios de que disfrutan porque a ellas no les interesa ni les duele la miseria de las muchedumbres.

Podrán, sí, ofrecernos por intermedio de los gobiernos capitalistas, que se ocuparán de nuestra situación. Prometerán "estudiar" el problema "detenidamente" y hasta nos ofrecerán leyes protectoras del trabajo, tribunales arbitrales, jubilaciones y otra cantidad de panaceas más efectistas que reales. Pero todas estas promesas serán a condición de que continuemos siendo siervos y de que no reclamemos la parte que legítimamente nos corresponde en la herencia común.

Y como sabemos que ninguna de las concesiones y limosnas que se nos ofrecen aliviarán nuestra situación, — en lo cual están perfectamente de acuerdo los proletarios de todos los matices, — debemos convenir también en que el malestar social no tiene más solución que una: Transformar el régimen "individualista" del capital privado, por el régimen "comunista", con la absoluta abolición del dinero para el intercambio de productos.

Tal es la solución única que se debe dar al trascendental problema, y en estas corrientes deben orientarse fatalmente los hombres de la clase media y principalmente los trabajadores argentinos, si quieren evitar que los cataclismos que se están produ-

ciendo de cinco años a esta parte en los pueblos de la vieja Europa, se repitan en el nuevo continente.

En suprimir el dinero está la gran solución. Suprimid ese veneno de las conciencias y habréis matado para siempre el dragón de la guerra, de la miseria y de la prostitución. Suprimid el dinero y no habrá delitos, ni infidencias, ni deslealtades, ni envidias, ni rencores. Suprimamos el dinero y tendremos amor en nuestros hogares; amigos verdaderos en todas partes, y nadie tendrá que preocuparse ni de cerrar las puertas de su aposento para dormir tranquilo. Suprimamos el dinero y los suicidios no se producirán; las cárceles no tendrán razón de ser y los manicomios reducirán el número de sus pensionistas. Suprimamos el dinero y viviremos felices y hasta nuestra existencia será más prolongada, porque nuestro organismo no sufrirá las perturbaciones a que hoy está expuesto ya sea por el exceso de trabajo brutal, por las preocupaciones cerebrales o por la falta de alimentación.

Argentinos de las clase obrera y de la clase media: Teneis en vuestras manos la solución del arduo problema y podéis llevarla a cabo el día que se os ocurra. Sois los más; infinitamente la mayoría de la población. ¿Quién os podrá resistir? ¿Los cuatro o cinco millonarios que han constituído la famosa Liga Patriótica?

Reíos de esos fantasmones egoistas. Ellos sin vosotros no son nada. Ni siquiera sus millones les servirán el día que resolvamos no entregar un pedazo de pan a cambio de dinero, sino a cambio de trabajo.

Si no quieren trabajar, comerán monedas de oro o billetes de banco. Ya veremos qué provecho les hace!

La solución, como decimos, está en vuestras manos, con sólo orientaros hacia el comunismo liberador.

A la obra, pues; formulemos nuestro plan de campaña."

Nuestras salutaciones sinceras al compañero autor.